El carcelero

Veía llover tras los barrotes y veía cómo el mundo se azulaba, se recogía, se hincaba en una reverencia temerosa del líquido castigo que le venía desde arriba. Era uno de esos días sin pájaros en los que uno recibe la impresión de que todo está pausado, de que el ritmo del mundo ha sido cortado de súbito por la fuerte precipitación, que sería una farsa continuar la vida, labrar los campos, ver a los amigos, crecer, madurar. No, en días así todos los seres esperan, dentro de sus madrigueras, a que vuelva a salir el sol, para retomar sus quehaceres como si ese día no hubiera existido. Desde dentro de la celda se olía el agua, y yo deseaba, casi rezaba, que todos los días que me quedaran allí fueran días de lluvia para no haberme perdido tantas cosas.

Escuchaba desde mi rincón el gluglú rítmico, o casi rítmico, de la gotera del techo y la violencia marcial de las gotas y el granizo al otro lado de la ventana, que poco a poco se iban colando dentro y alimentaban un pequeño charco al pie del muro. Me sentía casi satisfecho por tener un techo

y compadecía a los que se estarían calando hasta los huesos ahí fuera, aquellos que nunca cometieron una falta y sin embargo, a diferencia de mí, estarían enfermando en soportales o cajas de cartón. Miraba los campos con el triste regocijo de quien ve que algo anhelado hasta el borde de la demencia se echa a perder súbitamente, de quien entrevé que, al fin y al cabo, el hoyo en el que ha caído puede acabar siendo la casita de sus sueños.

Escuché los pasos del carcelero. Le eché una ojeada relampagueante mientras entraba, sólo para corroborar fugazmente algunos rasgos, y seguí con la mirada posada en la ventana. Sí, era él, la nariz arrugada y bulbosa, la mirada hundida y canina, las arrugas como sargazos flotando alrededor de los labios. El hombrecillo me saludó, lo que yo correspondí con un deje que difícilmente se podría considerar lingüístico, y se mantuvo en pie a mi lado, en silencio.

-Siéntate- le invité, jovial, como si la estancia fuera mía-. En lugares como este siempre hay sitio para uno más.

-Me encantaría, pero no puedo y lo sabes. Es forzoso mantener la compostura- repitió como otras muchas veces, con un deje tembloroso en su voz cascada y un brillo inaccesible en sus ojillos vivos.

-Nadie estará vigilando tu compostura cuando te mueras- repuse, sarcástico.

-Puede que cuando lo hagas tú sí te vigilen, porque aún sigas aquí –atajó fríamente, y se hizo un silencio.

"Precisamente de eso venía yo a hablarte –prosiguió, indeciso-. Llevas ya mucho tiempo. No te enviaron a la horca, pero a cambio tu sentencia fue larga y quizás un poco desmedida –yo resoplé ante ese "quizás", y recordé de sopetón muchas cosas.

"Me he acostumbrado a tu presencia, como si fueras ya parte del mobiliario. Mientras otros reclusos vienen y van tú estás ahí, silencioso, insomne durante largas temporadas. La verdad es que te mentiría si te dijera que no me he acostumbrado a ti, que podría seguir viendo este pabellón

como un segundo hogar si tú faltaras. Necesito verte en cuanto entro a trabajar, esa mancha informe en el fondo de la celda, para saber que no me he equivocado de cárcel, que no estoy en cualquier otra. –Tomó un poco de aire, reflexionando cómo seguir- Eres como los muros de piedra, bueno, eres más que ellos, claro está, pues tú ves y sientes este sitio, y él se expresa, se manifiesta en ti. No sé si sabes qué te digo."

Yo asentí en silencio.

"Hueles, desde aquí, a la piedra que te rodea y al polvo con el que batallamos día tras día. No creas que no te vigilo, oh, no, bien sé que no tienes lazos muy estrechos con el resto de los reclusos, que en el patio, en el tiempo de recreo, también eres una masa informe arrojada a una esquina. Pero, aunque ellos te ignoren y tú los ignores a ellos, eres tú quien está en consonancia con este sombrío lugar ¿me entiendes?

"Los otros siguen atados a sus raíces, a sus costumbres anteriores, a su jerga criminal, y en cuanto llegan aquí pretenden montar una vida delictiva en miniatura, semejante a la que tenían antes, una vida provisional, con rostros anecdóticos, pero igual, en el fondo, a aquella que acaban de dejar. Caen en los mismos errores, siguen los mismos patrones, obedecen los mismos instintos y vicios...

"El infierno no es un incendio de castigos sádicos. Es más bien una prueba de fuego. Sirve para comprobar si se es capaz de aprender algo en el despojamiento más profundo. ¿No es verdad? ¿No funciona así esto?"

-Supongo que sí. –respondí- Es decir, quien no haya aprendido nada, quien sólo prolongue aquí su antigua vida, volverá una y otra vez a la prisión ¿no?

-Exactamente- dijo, y sonrió. Los ojillos brillaban cada vez más, por alguna razón-. Y tú, sin embargo, te has cargado de la esencia de la cárcel, te has permeado a esta vida destructiva como si nunca hubieras tenido antes otra personalidad. Por eso creo que es injusto que tu condena sea tan larga, que tengas que sufrir mientras ves

a los otros volver una y otra vez, alimentar el caudal de sus fechorías de forma ininterrumpida, tanto fuera como aquí, sin escarmiento y con una ración de sopa caliente cada noche.

-¿Estas sugiriendo que... vas a acortarme la condena?- inquirí nervioso, incorporándome con la primera emoción en mucho tiempo.

-Tranquilo, tranquilo. Toma asiento, que todavía nos queda un rato. No, no puedo acortarte la condena, porque ni siquiera sé qué hiciste. Y no hace falta que me lo digas porque, aunque lo supiera, no sé nada de las leyes ni de su interpretación, así que probablemente cometería un error. No, no tengo autoridad para eso. Sólo quería hacerte una pequeña invitación.

-Soy todo oídos.

-Oh, es muy sencillo. Te invito a escaparte el próximo domingo que llueva. Domingo porque, como bien sabes, en este ala sólo estaremos de responsables el auxiliar y yo. No podrían, aunque quisieran, culpar a ningún otro. Y, lo que es más importante, no habría que cuidarse de que nos viera alguien por los pasillos, salvo los otros reclusos.

-Es decir, que tendría que llover entrada la noche o en un tiempo de recreo- deduje, o creí deducir.

-Eres un chico listo. En efecto, ese es el trato. Dejamos gran parte al azar, pero creo que es justo. Sólo el azar se puede oponer a la rígida justicia de los hombres. Nosotros, simples mortales, no tenemos ese privilegio. Simplemente aprovecharemos esa oportunidad que nos conceda. Hasta entonces no hablaremos del tema ¿de acuerdo? Y, cuando el día llegue no me recordarás que está lloviendo, ni me recordarás que es el día del Señor. Me daré cuenta por mí mismo. Todavía tengo buena vista, y espero que las cataratas de mis ojos (y a la mención de esa palabra comprendí con tristeza que lo que había considerado un brillo acuoso realmente era una opacidad, una lámina apagada) no hayan sufrido muchas crecidas para ese entonces. Bueno, no te molesto más. Ya sabes,

discreción. Hasta más ver.

Y me dio la mano con una firmeza torpe que sólo podía implicar un lejano atisbo de afecto, y que me dejó las articulaciones congestionadas y un poco doloridas. Luego se fue y cerró la puerta tras él con un estruendo, y me percaté sólo entonces de que durante toda la conversación había estado abierta.

Los días siguientes no fueron lluviosos. La lluvia de aquel día había sido la primera de la temporada y el verano todavía languidecía por los rincones, en ecos del calor asfixiante y húmedo que nos había martirizado durante toda la estación. Era finales de septiembre y todavía teníamos que recordarnos los unos a los otros que no estábamos en julio. El paso del tiempo, cuando uno lleva mucho tiempo en esas condiciones, es algo que realmente importa, pero no tanto cuando se presenta en forma de días, meses y calendarios como cuando lo hace a través de la ventana. Al menos a mí me sucedía así. Si los calendarios marcaban al unísono enero y yo no veía la nieve en los campos de labranza no me importaba lo que me dijeran, no podía reprimir la incredulidad. Hasta que no hubiera nieve no habría pasado el verdadero enero y no estaría un mes más cerca de la libertad. Allí dentro uno no atiende a razones y se acostumbra fácilmente a las conspiraciones, rodeado como está de los mayores conspiradores y farsantes; además, es inevitable sentir que es la sociedad entera la que ha conspirado para meterte aquí, que es toda la humanidad contra ti. Se aprende así a no creer por principio en lo oído o escrito por otros, sino sólo en lo que se ve con los propios ojos.

Trataba de encontrar en el carcelero algún cambio en su actitud hacia mí, alguna ventaja que me hubiera reportado nuestra secreta conversación, pero era en vano. Ya lo sabía de antemano, pero de todas maneras traté de ponerlo a prueba, de inclinarlo a mi favor en multitud de situaciones, incluso en un altercado que se produjo en el patio y en el que yo no formé parte de ningún modo, y él lo sabía de sobra, y nada de ello impidió que me castigara

sin pisar el patio durante un mes, como a todos los demás que se encontraban allí y en ese momento. A ratos me parecía comprensible que no quisiera que se desvelara su secreta alianza antes de tiempo, para que nadie señalara su complicidad cuando yo huyera, pero en ocasiones su actitud me parecía injusta y cercana a la crueldad.

No diría que me atormentaba la impaciencia, porque ya estaba tan acostumbrado a la idea de consumirme allí dentro durante muchos años más que en lo más hondo de mi ser no podía tomarme en serio la posibilidad del domingo lluvioso. Quizás nunca más llovía un domingo, no me parecía imposible. Quizás si pasaba mucho tiempo el carcelero cambiaría de opinión. Quizás ya se le había olvidado. El clima de la región no era tan malo como para imaginarse más de cuatro días lluviosos a la semana, como mucho, y eso cuando venían grandes nubes de tormenta. Sí que hacía frío, y la lluvia frecuentemente llegaba en forma de nieve, pero intuía que la nieve no valía. Me había explicado con claridad lo del domingo, y me parecía ideal huir en un día dedicado por la mayoría al descanso y la reflexión, pero lo de la lluvia me resultaba totalmente incomprensible ¿Qué ventaja sacábamos de que el día fuera lluvioso? Para mí no encontraba absolutamente ninguna, pero para él se me ocurrían algunas bastante inquietantes. Puede que quisiera contemplar mi huida penosa y embarrada durante un rato y luego, como bajo el aguacero no podría llegar muy lejos, llamar a seguridad para que me capturaran. O pensaba que era el último momento de calvario que merecía yo por lo que hubiera hecho, el último suplicio, que no podía ponerle las cosas tan fáciles a un hipotético asesino o violador. En todo caso, fuera lo que fuese, yo pensaba llegar muy lejos, pensaba correr hasta caer exhausto o hasta que me sorprendiera la noche. Me imaginaba corriendo por los campos con un brío físico que nunca había poseído, y mucho menos después de tantos años de inmovilidad y escaso ejercicio, pero no podía evitarlo: la libertad sería mi musa.

Cuando llegó el día yo no lo supe, y mi tediosa rutina transcurrió sin interrupciones hasta la hora de recreo. Entonces alguien comentó que había empezado a llover, lo cual no era inconveniente para salir al patio, que estaba techado, y el comentario, que oí sólo a medias, se perdió en la marabunta de obviedades que se profieren todo el rato cuando se vive en una rutina asesina. Miré a la ventana y vi los goterones que bautizarían mi nueva vida. Ya quedaba poco.

Estuve esperando largo rato que viniera el carcelero a rescatarme, pero no lo hizo. Salimos de las celdas y nos encaminamos ordenadamente, guiados por el auxiliar, al patio en el que estaban los guardias. Allí procedí a buscar asiento cerca de la puerta del pasillo al fondo del cual estaba la silla del carcelero, para que no me viera nadie en caso de que viniera a buscarme. Me senté en el suelo y desaparecí, como siempre, a ojos de todos: una mancha informe, como él había dicho, un escaso residuo sin aliento vital que se camuflaba entre piedras contaminadas de gritos y amenazas.

A pocos metros de allí otros hacían innumerables, a menudo patológicas, muestras de virilidad, de fuerza, de ilusiones sobre la vuelta a casa, pero yo era más veterano y conocía muy bien el sumidero por el que se irían escurriendo. Cuando vi asomarse la silueta de carcelero ni siquiera di el respingo que pensé que daría. Sólo sé que me deslicé sigilosamente fuera del patio, que me escurrí sin remisión, como todo lo que se nos va allí dentro, y seguí automáticamente a aquel hombre bajito, a aquel hombre que tenía varios días libres a la semana, que probablemente alternaba la cárcel con una familia maravillosa, con una mujer que lo amaba y unos niños adorables, que les contaría aterradoras historias de nuestro infierno diario con sorna y divertimento, como fantasmagorías de aquel otro mundo al que podía renunciar cuando quisiera, con la insignificante desventaja de tener que buscarse otro empleo. ¿Por qué un hombre optaría por escoger un trabajo así, tan destructivo, tan poco gratificante? Otros

carceleros estaban allí únicamente por la urgente necesidad de descargar violencia de forma justificada, por la oportunidad de enfrentarse a los presos, de insultarlos, de maltratarlos sin cargos de conciencia. Pero él no era uno de ellos, y nunca se oyó que violentara a nadie. No, sus motivaciones me eran muy oscuras.

Sin decir una palabra abrió una puerta con llave y entramos a un corredor en el que nunca había estado, aunque supongo que habría decenas de ellos. Al fondo había otra puerta con un fuerte candado, que el carcelero abrió con una llave que sacó de su gran manojo, sin hacer ningún esfuerzo por mantenerme lejos de él como otras veces. Afuera yacían los campos, aunque no los que se veían por mi ventana. De no haber sabido dónde estaba podría haber pensado que me encontraba en cualquier parte. Y en cierta medida así era.

No hubo lágrimas, no hubo euforia ni adrenalina, sólo un agradecimiento inconmensurable hacia quien me había proporcionado aquella vista. Me giré hacia él, sin saber qué decir, y vi que estaba llorando.

-Los carceleros no suelen emocionarse, los presos fugados sí- dije, señalando mis ojos secos como páramos.

-Anda, ve y marcha. Cada segundo que pase lo tendrás más difícil. No creo que llueva durante todo el día, así que date prisa - respondió entre balbuceos.

-¿No me captará algún vigilante? ¿No saltarán las alarmas?

-Salgo y entro por aquí todos los días, y nunca lo han hecho. ¿Por qué iba a ser diferente contigo? No eres un monstruo diferente a mí o a todos los demás. Eso es lo primero que debes olvidar, la primera falsa conciencia que te zarandeará hasta que decidas acabar con ella. Y la primera señal que delatará tu origen a las personas que encuentres. Entre tú y yo no hay ninguna diferencia. Créeme. Ojalá la hubiera, pero no la hay. Cuántas veces la habré deseado... Pero es tarde para preocuparse por mí. O demasiado pronto. Ve y sé libre. Si el motivo de tu reclusión fue que te adaptaste a una mala vida tan

bien como te has convertido al ahogo de la prisión, ahora mismo podrás adaptarte a cualquier cosa. Estás en blanco, o vacío. Eres un hombre en abstracto. Eres El Hombre con mayúsculas. El único que hay. Tú eres ahora mismo todo el género humano, porque puedes llegar a serlo.

Lloraba a moco tendido, movido por fantasmas que yo no podía ver ni entender.

"Ahora parte, parte rápido, que el tiempo de recreo se acaba y yo he de volver a mi puesto para que nadie sospeche. Recuerda: discreción. Muévete con disimulo a partir de ahora. Camúflate bien. Mucha suerte. Mucha suerte."

Quise darle un abrazo pero ya había dado un paso atrás, como si todo hubiera terminado, y se disponía a cerrar la puerta. Le hice un breve gesto de despedida y comencé a correr, recordando unas palabras que dije una vez y que me trajeron multitud de problemas, algunos de los cuales me condujeron a esa prisión que dejaba atrás, mientras que a otros aún debía enfrentarlos. Pisaba sin cuidado los charcos y el fango, de forma mecánica, con la mirada fija en un bosquecillo que se adivinaba a lo lejos, una mancha verde tras los campos de cultivo hacia la que enfilaba mis pasos. Poco a poco la lluvia amainó y por primera vez en todo el día el sol se dejó ver, saliendo de detrás de las nubes, y lentamente comprendí por qué el carcelero había escogido la lluvia.

Óscar Carrera nació en Jerez de la Frontera en 1992. Estudió Filosofía en la Universidad de Sevilla y ha publicado *Malas Hierbas: Historia del rock experimental* (1959-1979) (T&B Editores, 2014). Colabora en los blogs *El Yugo Eléctrico de Alicia* y *Gypsy Rock*.



LA PRISIÓN EVANESCENTE

Óscar Carrera

"Una vez descubrí que todos los pasos que había dado en mi vida formaban un dibujo. Decidí construir un edificio a su imagen y semejanza. Vivo en el calabozo 6, dentro del brazo izquierdo."

Producciones Flaca Narrativa